

Un análisis de la política exterior de la Italia fascista: fortalezas y debilidades.

Prof. Daniel Argemi

Prof. Javier Luchetti

Al analizar las relaciones internacionales, siempre es necesario contextualizar la época y el marco histórico del espacio geográfico objeto del estudio. Por ello se hace necesario aclarar que la política exterior del gobierno de Benito Mussolini en Italia, presenta aristas muy diferentes a las potencias de la época, sobre todo para tratar de entender las causas de su renovado espíritu imperialista, principalmente en los territorios donde se desarrolla.

Luego de la Primera Guerra Mundial y en el marco del estancamiento de la economía mundial de los años '30, cuando parece que las grandes potencias como Francia y Gran Bretaña, buscan frenar la expansión territorial, el estado fascista se propone incorporar colonias. Cuando Alemania parece abandonar su intención de recuperar los territorios de ultramar, perdidos a fines de la Gran Guerra, Italia ataca a países débiles para incorporarlos a su imperio en calidad de colonias. Es muy llamativo.

Lo ideal sería poder realizar un trabajo de investigación sobre fuentes primarias, pero al resultar imposible poder hacerlo, entonces vamos a utilizar fuentes secundarias, como buscar bibliografía referida a la época y al tema.

Para comenzar a plantear la cuestión, vamos a recurrir a Fieldhouse[1], un investigador reconocido en el tema del imperialismo, donde encontramos la afirmación que durante la época, ningún estado colonialista pensaba en la emancipación de sus colonias, pero tampoco deseaba ocupar más territorios. Es más, el gobierno colonial parecía consolidado desde el punto de vista administrativo y económico, no había posibilidades de un desarrollo mayor. Pero, sin perjuicio de esta afirmación, entre 1931 y 1945, los estados de Alemania e Italia comenzaron un período de expansión imperial que no se guiaba tanto por criterios económicos, sino que tenía fuertes contenidos ideológicos y políticos. En el caso del Reino de Italia, por ser el más débil de los dos casos citados, reanudó sus antiguas ambiciones sobre la construcción del imperio romano en el nordeste de África, al atacar al Imperio de Etiopía entre 1935-36. También busca, por otra parte, vengar la derrota que a fines del siglo XIX, habían recibido los ejércitos italianos al intentar lo mismo.

Por otro lado, Vicens Vives[2] en uno de los manuales generales de consulta habitual, expone que el fascismo italiano siempre había sido muy celoso del prestigio del Estado en el extranjero. Por eso desde 1922, su política exterior se fundamentaba en la confrontación verbal

y diplomática, con los circunstanciales oponentes. Esta manera de actuar, era utilizada internamente, en las concentraciones masivas, donde se realizaba una puesta en escena de estos logros, para mostrar una moral combativa buscando emular al pasado imperio romano. Pero la expansión territorial, se fundaba en una serie de territorios desérticos en Libia, Eritrea y Somalia, que poco aportaban al desarrollo material del país. En su análisis del contexto internacional, apunta a demostrar que este accionar de Mussolini se encuentra beneficiado por la coyuntura, que contribuye a llevar adelante esa política. La acción conjunta con las potencias occidentales contra Alemania, primero y luego la alianza junto a esta última contra los ingleses y franceses, fue la llave maestra para el desarrollo del imperialismo italiano.

Es decir que la hipótesis sobre la que trabajamos, está centrada en las afirmaciones de los dos autores citados, que sostienen que el desarrollo imperialista italiano está basado en cuestiones de necesidades políticas e ideológicas del régimen, dentro de una política exterior fundamentalmente pragmática.

Como no desarrollan un fundamento de estas afirmaciones en las obras citadas, buscamos en otros autores para ver, desde distintas posturas historiográficas, cómo se plantea la cuestión para aceptar o refutar la hipótesis elaborada anteriormente.

Cuando se comienza a buscar en los distintos autores, tratando de armar un marco general del proceso, se encuentra que según Parker[3], la falta de cumplimiento del Tratado de Londres de 1915, provoca un desprestigio al gobierno delante de los distintos grupos nacionalistas. Vale recordar que en el mismo se promete a Italia la ciudad de Fiume, una parte de Dalmacia y la península de Istria, que eran parte del Imperio de Austria-Hungría, a cambio de su participación en la Gran Guerra, al lado de la Triple Entente, y en contra de sus antiguos aliados de la Triple Alianza. Pero al terminar el conflicto, los Estados Unidos se oponen a esto y hacia 1920, Francia y Gran Bretaña dejan de apoyar las reclamaciones italianas.

Por otra parte, el grueso de los socialistas, siempre consideraba a la participación en la Primera Guerra, como un hecho impuesto por pequeños grupos que se beneficiaron por ello, y no por una verdadera amenaza exterior. Indudablemente, lo sucedido divide a la sociedad. La situación comienza a solucionarse en noviembre de 1920, mediante el Tratado de Rapallo, negociado directamente entre los Reinos de Italia y de Yugoslavia, se decide que la región de Istria, sea italiana y la región de Dalmacia, sea yugoslava. La ciudad de Trieste o Fiume, quedaba con un régimen especial o de ciudad libre.

Desde el comienzo del régimen fascista de Benito Mussolini, se adoptó una política exterior muy vehemente en sus expresiones verbales, sobre todo ligada a la necesidad de intervenir en aquellos asuntos que eran importantes para Italia. Con ello buscaba hacer pesar el prestigio y la grandeza de su país en el concierto de las naciones y en lo interior, obtener el apoyo popular, sobre todo porque la mayoría de la población estaba desencantada por el resultado de la participación italiana durante la Gran Guerra. Pero, el estado fascista se vio siempre sobrepasado por los acontecimientos, antes que tener una política exterior coherente y planificada.

Durante el período 1918 a 1930[4], la política exterior se ve afectada por las determinaciones de Gran Bretaña y de Francia. Aunque en 1923, Mussolini se embarca en la aventura de la invasión a la isla de Corfú, por el conflicto con el Reino de Grecia, por cuestiones de intereses en Albania, en 1924, finalmente ocupa la ciudad de Trieste, incorporándola a Italia; sus acciones sirven más para satisfacer su prestigio interiormente, que para ocupar un lugar de peso en el contexto europeo. Todas estas actividades fueron permitidas por franceses y británicos. Pero, en cambio, otros intentos en el norte de África o en Turquía, no fueron aceptados y abortaron. Pero a partir de 1930, la situación cambia[5]. La crisis económica mundial y las diferencias y rivalidades que surgen entre Gran Bretaña, Francia y la renovada Alemania, dan espacio al “sueño de grandeza” italiana. Comienza a buscar una influencia preponderante en Europa Sudoriental, aliándose con Austria y Hungría para conseguir la hegemonía en el Mediterráneo oriental y expandir el imperio italiano en África. Pero, la realidad marca que la capacidad industrial era muy pequeña, y la producción de insumos para afrontar un esfuerzo bélico era muy limitada. Por eso todo se apoyaba en el aprovechamiento de las oportunidades que la política internacional presentara.

En 1933, se firma el Pacto de las Cuatro Potencias, que compromete a Gran Bretaña, Francia, Alemania e Italia a colaborar para desalentar la carrera armamentista y presionar a otros estados a realizar negociaciones pacíficas para resolver los conflictos. El proyecto fue presentado por el mismo Mussolini y aceptado por los otros gobiernos. Dos años después, la decisión alemana de crear una fuerza aérea e implementar el servicio militar obligatorio, sumado a los avances nazis en Austria, marca la necesidad de implementar una acción común por parte de Gran Bretaña, Francia e Italia. Representantes de ellos se reúnen en la localidad de Stresa y establecen el marco de esa cooperación.

Mientras ello sucede, en África comienza una disputa territorial entre la Somalia italiana y el Imperio de Etiopía. Este último era un territorio libre, aislado y sobre el que ninguna potencia europea reclamaba influencia, por tanto, era apto para ser incorporado al imperio italiano. Mediante esta hábil maniobra, Mussolini buscaba que Francia y Gran Bretaña respaldaran las acciones de conquista en Abisinia, como la llamaban los italianos, a cambio de su apoyo en Europa contra el resurgimiento alemán. Todo intento de negociación pacífica entre etíopes e italianos fracasa, y en octubre de 1935 desde Somalia y desde Eritrea comienza la invasión peninsular. El 7 de octubre, el consejo de la Sociedad de las Naciones, establece que Italia es un agresor en una guerra no justificada y lo sanciona económicamente con un embargo sobre la exportación de armas y otros insumos no esenciales, que compromete a sus miembros.

Las grandes potencias comienzan negociaciones paralelas. El organismo internacional dilata la entrada en vigencia de las medidas. Mientras esto ocurre, las tropas italianas van ocupando lentamente el territorio y derrotan a las unidades etíopes. El 2 de mayo de 1936, el emperador etíope huye del país y el día 9, el rey de Italia es coronado como nuevo emperador de Abisinia. Las sanciones fueron oficialmente levantadas en julio. Alemania, mientras tanto había mantenido normalmente su comercio con Italia durante toda la crisis, esto es algo que acerca al régimen fascista a ese país y lo aleja del frente de Stresa.

La posterior firma del Pacto de Acero con Alemania, había cambiado la política exterior fascista, provocando el desinterés sobre la suerte de Austria y la Guerra Civil en España, permite un nuevo espacio para el accionar de Mussolini. El apoyo militar concreto y económico al bando nacionalista de Franco, permite instalar bases en Mallorca, y con ello el comienzo de la influencia en el Mediterráneo occidental, para aislar a Francia. Todo esto va sentando las bases para la Segunda Guerra Mundial.

Otro autor que aporta desde otra perspectiva, Pierre Renouvin[6] en un clásico sobre relaciones internacionales, explica que luego de la Gran Guerra, la política exterior italiana buscó desempeñar un papel dominante en la zona balcánica y del Mediterráneo Oriental. Con ello se buscaba establecer el control sobre el mar Adriático, para eso era necesario solucionar los problemas limítrofes con el Reino de Yugoslavia y mantener una posición privilegiada en Albania, para controlar el canal de Otranto, es decir la entrada a dicho mar. Hay razones económicas, pero las principales motivaciones son políticas y estratégicas. En 1924, la Convención de Nettuno soluciona la cuestión de límites en Fiume, quedando la ciudad para los italianos y el resto para los yugoslavos.

También hay permanentes fricciones por las cuestiones albanesas, pues los Reinos de Grecia y de Yugoslavia ambicionan ocupar distintos territorios de ese país. La constante intervención fascista, ayuda a que el grupo del musulmán Ahmed Zogú ocupe finalmente el poder en 1926, y se transforme en un aliado permanente. Esto preocupa seriamente al gobierno yugoslavo, que en 1927 firma un tratado defensivo con Francia. La contestación italiana es un acuerdo con el gobierno albanés para una coordinación permanente de la política exterior de ambos. A todo esto se suma la prensa italiana, que destaca constantemente los conflictos políticos y religiosos de croatas y serbios, resaltando la inviabilidad de ese Reino y la necesidad italiana de ocupar la costa dálmata para obtener la seguridad definitiva. La prensa yugoslava contestaba con la misma vehemencia y amenazaba con la guerra.

Por ello, la acción diplomática fascista busca mantener excelentes relaciones con Hungría, Rumania y sobre todo Bulgaria, como enemigos potenciales de Yugoslavia. Pero en realidad, la posibilidad de ocupar territorios en Europa se vuelve cada vez más difícil, aunque cada conflicto regional de los Balcanes, requería una conferencia internacional donde las grandes potencias buscaban solucionar la cuestión, e Italia era permanentemente requerida.

En el caso de las relaciones con Grecia, la cuestión de Corfú y la ocupación de las islas del Dodecaneso en el mar Egeo, luego de la Guerra contra el Imperio Otomano en 1911-12, sumado a las cuestiones albanesas, era tensa. Pero en 1928, se logra un compromiso griego de permanecer neutral en caso de una agresión no provocada a Italia.

En el continente africano[7] había territorios en manos italianas, en Libia y en Somalia; en el primer caso las fricciones por la expansión territorial se daban con Francia, sólidamente instalada en Argelia y en Túnez; en el segundo caso se afectaban intereses de Gran Bretaña y del Imperio de Etiopía. Cuando el fascismo comienza a ver que las colonias de Eritrea y Somalia pueden constituir un centro de expansión política y económica hacia Etiopía o Abisinia, según los italianos, por las materias primas que pueden obtener para su economía y una salida para la emigración de población rural marginada. Pero también, al ocupar gran parte del Africa

Oriental, se obtenía una posición de privilegio sobre una de las rutas marítimas de más tráfico en el mundo, la región Canal de Suez-Mar Rojo. En esta línea se da el tratado firmado en 1926, entre el rey del Yemen y el Reino de Italia, para realizar inversiones y proporcionar material y personal técnico.

La construcción de un ferrocarril que una las dos colonias italianas, a través de territorio etíope, es resistida por el gobierno de este país, que da preferencia a las inversiones americanas e importa mercancías japonesas. Los círculos financieros italianos protestan, sobre todo invocando el tratado de 1906, firmado por Francia, Gran Bretaña e Italia sobre las zonas de influencia reconocidas en el Imperio Etíope. En septiembre de 1923, este país es miembro pleno de la Sociedad de las Naciones, pero las grandes potencias continúan con su actividad de "influencia económica", basados en la duda de si el gobierno ejercía su poder en todo el territorio y en su organización social fundamentado en la esclavitud, o en un régimen muy parecido.

El ministro de colonias italiano, general De Bono, comienza en 1932 a buscarse la solución por la fuerza, si es necesario, en un plazo no mayor de tres años; para ello desarrolla un plan militar de operaciones y sucesivos contingentes de tropas llegan a la región, hasta totalizar 100.000 hombres. En Eritrea, se construyen nuevas instalaciones portuarias, nuevas carreteras y extensiones de la red ferroviaria.

En 1934, el incidente en el oasis de Ual-Ual en la frontera imprecisa de Etiopía y Somalia, provoca una grave crisis, que aprovechada por el fascismo desencadena la ocupación militar italiana de Abisinia. Gran Bretaña, siente amenazada su presencia en Egipto y a la ruta marítima hacia Oriente. Francia, ve afectado sus intereses económicos, pues la línea ferroviaria Djibuti-Addis Abeba, beneficia su comercio. Además la expansión italiana hacia el lago Tana podía constituir una amenaza al Chad.

La rápida victoria italiana y la política de la Alemania nazi, imponen a Francia y a Gran

Bretaña, la necesidad de llegar a un entendimiento con Mussolini, tolerando y/o consintiendo por omisión, esta acción militar. Después de 1936, ya es un hecho consumado, por tanto las acciones diplomáticas se relacionan con las causas de la Segunda Guerra Mundial.

Por su parte una mirada de conjunto sobre el tema es aportada por Paul Kennedy[8] sostiene que luego de la Gran Guerra, se mantienen en la mentalidad colectiva las imágenes de la destrucción masiva, el hambre, las epidemias y el horror de las matanzas inútiles. Además la gente siente la falta de los beneficios prometidos por los políticos, se ven los veteranos de guerra lisiados y a las viudas, sumado a los trastornos económicos de los años veinte, la ruptura de las relaciones sociales y la pérdida de la fe en el futuro. Esto se nota más en las democracias occidentales.

En el continente europeo hay miles de veteranos de guerra, que cansados del desempleo, la inflación y el predominio burgués, comienzan a rescatar lo positivo de la situación anterior.

Esto es más notable en las naciones derrotadas como Alemania y Hungría, además de la vencedora Italia, que es la insatisfecha en cuanto a las promesas recibidas. Los valores marciales, la camaradería de los guerreros y la emoción de la violencia y la acción, son rescatados por movimientos fascistas, sumados a los de orden y disciplina, la gloria nacional, el culpar de los males actuales a los judíos y a los bolcheviques, achacando la falta de progreso a los intelectuales decadentes y a las satisfechas clases medias. Tenían un gran atractivo la presentación de la lucha por los ideales, la fuerza como orden y el heroísmo como compromiso social.

Más adelante[9] analiza las condiciones en que se encontraba Italia para enfrenar el desafío que representaba la política exterior fascista, ya que del segundo plano en que se encontraba durante los años veinte, ahora era un país tenido en la consideración de todos ante cualquier cuestión internacional. Fue una de las naciones garantes del tratado de Locarno, en 1925; también del acuerdo de Munich, en 1938. El primero para frenar la expansión alemana y el segundo para justificarla. La política exterior es tan cambiante que primero envía tropas al Brennero, en 1934 para disuadir a Hitler de ocupar Austria y firma el acuerdo antialemán de Stresa, en 1935. Pero la invasión a Abisinia provoca un cambio de ejes que llevan a firmar el Pacto de Hierro, con los antiguos enemigos.

Además en el extranjero se ponderaba la acción gubernamental, la planificación “corporativa” que evitaba las luchas entre el trabajo y el capital, además de un atractivo discurso antibolchevique. La economía italiana se desarrollaba al incorporar tierras a la producción, al desecar pantanos en la zona pontina, al construir represas hidroeléctricas y al mejorar el sistema ferroviario. Las industrias electroquímicas, la fabricación de fibras sintéticas, la industria automotriz y la aeronáutica, que consiguió tantos récords de velocidad y altura en esa época, eran los ejemplos destacados.

Durante los años treinta hay un creciente gasto en armamentos, pues el régimen cree en la fuerza y en la conquista, como medios de fortalecimiento del país. Es utilizado en ello un tercio de los ingresos del gobierno y el equivalente al 10% de la renta nacional, a mediados de la década. La flota submarina y la Fuerza Aérea eran los que se llevaban la mayor parte. Era en valores absolutos más de lo destinado por Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos.

Pero detrás de todo esto, la verdad era que la economía italiana estaba semidesarrollada. La renta per cápita en el Norte era un 20% por encima de la media nacional, y la del Sur un 30% por debajo de la misma. Gracias a la emigración, la población aumentó el 1% anual, durante las décadas de los años 20 y de los años 30. El producto bruto interno creció aproximadamente un 2% anual, durante el mismo período. Esto no ayudaba a generar un pleno empleo, siempre había desocupados en las ciudades. La agricultura en pequeña escala representaba el 40% de Producto nacional Bruto y absorbía al 50% de la población trabajadora total. El fascismo no hizo más que agudizar esta situación al apoyar la reducción de importaciones de alimentos, al controlar y fomentar el mercado interno del trigo, al incorporar nuevas tierras y al imponer aranceles protectores, sumados la exaltación de la vida rural y a la intención de impedir que la población rural migrase a las ciudades. Todo esto generó un fuerte subempleo en el campo, sumado a la baja productividad, al analfabetismo y al aumento de las disparidades regionales.

Había una falta de capital nacional, pues no había ahorro interno en cantidad suficiente. Solamente el Estado con sus demandas de aviones, camiones y otros bienes activaba ciertas ramas de la industria, la autarquía económica buscada no beneficiaba a la economía en su conjunto. El proteccionismo beneficiaba a la producción ineficiente, económicamente hablando, impidiendo la entrada de capitales extranjeros. La dependencia de insumos del exterior, tales como fertilizantes, carbón, petróleo, chatarra, caucho, cobre y otras materias primas, era imposible de solucionar y sobre todo teniendo en cuenta que el 80% de los mismos llegaba por vía marítima por el Estrecho de Gibraltar o por el Canal de Suez.

La crónica falta de divisas de la economía italiana, por su no muy significativo comercio exterior, explica la falta de compra de máquinas y herramientas importadas, para incorporar nuevas tecnologías a la producción de nuevos aviones, tanques, barcos de guerra, etc. y a la falta de reservas de materiales estratégicos.

Todo ayuda a entender que la tecnología bélica no era todo lo eficiente y confiable que parecía. Hacia 1935, los aviones de la Regia Aeronáutica, probados en las campañas de Abisinia y posteriormente en la Guerra Civil Española, comienzan a ser superados por los nuevos modelos de cazas monoplanos y bombarderos británicos y alemanes. Los tanques de tres toneladas y con armamento ligero, contra los últimos modelos franceses y rusos de veinte toneladas y armamento pesado. En resumen, su rearme era muy apresurado y su armamento caía rápidamente en desuso, faltaban verdaderos tanques, cañones antiaéreos adecuados, aviones cazas rápidos; no se construyeron portaaviones. El factor clave para solucionar esta cuestión era la aplicación de la ciencia y la tecnología en la evolución de los sistemas militares, por eso las fuerzas italianas no contaban con sistemas de radar, sonar y comunicaciones actualizados. Entre los años 1935 y 1937, hay un aumento en los gastos de defensa, pero está más ligado a mantener las operaciones militares en Abisinia y en España, que a modernizar y mejorar sus capacidades bélicas. Esto aumentó la necesidad de insumos importados, lo que repercutió grandemente en la existencia de reservas de divisas, por ello el Banco de Italia, no tenía casi ninguna, en 1939. El Ejército por su parte, aumentó sus divisiones en un 50 %, pero redujo de tres a dos el número de regimientos en cada una de ellas. Surgió la necesidad de nuevos oficiales y suboficiales, dándose promociones rápidas y falta de personal calificado. La Marina, si bien tenía grandes buques, no había desarrollado una cadena de mando integrada y no contaba con los equipos, que sí tenían sus potenciales enemigos. La logística era burocrática e ineficiente. A pesar de todo esto Mussolini se embarca en confrontaciones con las grandes potencias y sobre todo en la Segunda Guerra Mundial.

Sin embargo[10], la capacidad real había sido exagerada o bien desconocidas las debilidades por parte de Gran Bretaña, Francia y Alemania. Pues los dos primeros buscaron mantener buenas relaciones con el fascismo, sobre todo entre 1934 y 1935, teniendo en cuenta la amenaza alemana, la actitud estadounidense y la desconfianza natural a la Unión Soviética. Los intentos de restaurar el Imperio Romano desembocan en la expansión territorial en Abisinia, que es condenada ante la opinión pública y tolerada en las relaciones diplomáticas, sobre todo teniendo en cuenta que Japón en Oriente y Alemania en Europa, miran la reacción de la Sociedad de la Naciones y de las potencias occidentales para plantear su "revisiónismo" territorial. Pero la rápida victoria militar y la expansión sobre el Mediterráneo Occidental por la

participación de tropas italianas en España, no hace más que endurecer la posición francesa. La desconfianza inglesa aumenta, la opinión pública comienza a criticar, duramente las acciones fascistas. Entonces se produce el acercamiento entre Hitler y Mussolini que llega a la alianza política y militar.

El último autor consultado, desde una visión más puntual, Roland Sartí[11] sostiene que la Confederación General de la Industria Italiana demostró siempre que los industriales italianos estaban mucho más interesados por la política económica y social interna, que por las grandes directrices de la política exterior. No había una relación especial del sector con el fascismo, sino relaciones personales entre miembros del partido y grandes industriales, a pesar de que finalmente es reconocida como la representante oficial del sector ante los organismos públicos; porque anteriormente había demostrado falta de oposición y hasta de simpatía con Mussolini. También especula sobre el convencimiento de sus miembros de poder “usar al gobierno fascista”. Pero siempre la corporación fue recelosa de su autonomía y de sus actividades, buscando la menor interferencia posible en sus actividades. Todo esto se mantuvo, casi sin alteraciones, hasta la crisis mundial de los años 30.

La industria cuidaba[12] su mercado interno, pero relacionaba su actitud hacia lo extranjero, a la necesidad de la importación de materias primas e insumos, sin los cuales la actividad era impracticable. Pero el creciente fervor nacionalista, ante los acontecimientos internacionales y la situación interna, sobre todo por el fortalecimiento político de la figura de Mussolini, los induce a un apoyo total a la autarquía usada como bandera fascista, como la mejor manera de defender sus intereses, ya que en el sistema corporativo cada grupo de intereses tiene su papel asegurado. Apoyar una política imperialista implicaba abrir la puerta a la movilidad social y a la competencia económica al tener que volverse eficientes, por la necesidad del Estado de optimizar los recursos ante situaciones de crisis o de guerra.

Pero para la mayoría de la gente común, la cuestión de Abisinia era un ajuste de diferencias coloniales con las grandes potencias, además del cumplimiento del mandato de la misión civilizadora sobre un pueblo bárbaro, por lo tanto normal y comprensible. Para la Confederación representaba un peligro. Pero la crisis mundial[13], había puesto en dificultades a los industriales que solamente fueron resueltas con la ayuda del Estado a través de protección arancelaria e incentivos económicos. A esto se suma, durante los años de 1935 y 1936, las sanciones de la Sociedad de las Naciones, además del estancamiento del comercio internacional en toda la década. Todo esto lleva al sector industrial a una exposición y una vulnerabilidad de su independencia como nunca antes había ocurrido. Otros elementos de presión son la prosperidad de la empresa pública y el expansionismo político, que eran dos nuevos desafíos que amenazaban con violentar la relación ya establecida entre las empresas privadas y el régimen.

Todo esto[14] demuestra que los industriales actuaron por reacción a los acontecimientos que carecieron de iniciativas en las cuestiones extranjeras. Pero además, las decisiones de comenzar la guerra contra Etiopía, la alianza estratégica con Alemania, la intervención en la Guerra Civil Española y la participación en la Segunda Guerra Mundial, fueron tomadas por Mussolini y sus consejeros políticos más próximos. Es decir que su política exterior no tiene relación con la realidad económica interna. Sin perjuicio de todo lo anterior, la industria logró o

se benefició con la política de rearme y de expansión territorial desplegadas por el gobierno. Al buscar negocios y ganancias, los carteles industriales y las empresas aprovechaban cualquier oportunidad de expansión en el extranjero. Por ejemplo en el caso de Abisinia, a los pocos meses de la ocupación de país, ya habían comenzado a operar alrededor de 800 empresas italianas organizadas en 17 carteles.

Pero a largo plazo, no parecía tan conveniente arriesgar la autarquía por la expansión en el extranjero. Es decir el beneficio no justificaba en costo. Pero la debilidad de la economía italiana, sumada a la crisis económica mundial, puso a los industriales en el lugar que Mussolini quería, débiles y sumamente dependientes del Estado.

Generalmente cuando uno piensa en la política exterior de un Estado, casi siempre supone una línea estratégica de acción coherente y durable en el tiempo. Relacionada a los intereses internos del país y en cuanto a los intereses externos, actuando acorde a las relaciones internacionales de la época, siendo su táctica contrastada permanentemente con las situaciones coyunturales. Si uno se refiere a una potencia en expansión, sin duda supone todo lo anterior, y le agrega una economía floreciente, capaz de mantener con recursos esa actitud; sumada a una fuerza militar poderosa y pronta a materializar cualquier amenaza expresada por ese país; y para terminar, contar con un sector numeroso de la población, que orgullosa de esa política, está dispuesta para apoyarla. Por eso, la conclusión se basará en la observación de la política exterior, de la economía, de la fuerza militar y de la mentalidad manifestada.

En el caso de Italia, durante la época del régimen fascista, estos supuestos son claramente vulnerados, de acuerdo a lo expresado por los distintos autores consultados.

La política exterior italiana, busca un reconocimiento de los acuerdos firmados al momento de comenzar la Gran Guerra, pero la actitud de las grandes potencias es contraria a ello, solamente aceptan una serie de ajustes de fronteras en zonas coloniales. Por eso, al asumir Mussolini, comenzará la búsqueda de imponer su figura y el peso de Italia en la comunidad internacional, pero fundado principalmente en su visión de la realidad y de acuerdo con el limitado número de consejeros que escucha. Entonces, pone en marcha una serie de acciones oportunistas en la Europa Balcánica, sobre Hungría, Rumania y Bulgaria, buscando aislar al Reino de Yugoslavia, por un lado; y por el otro, para expandirse por el Mediterráneo Oriental buscando el control del Mar Adriático y del Canal de Otranto, por eso, sus acciones tácticas sobre el Reino de Grecia y las intervenciones en Albania.

A pesar de las claras diferencias de intereses con Gran Bretaña y sobre todo, con Francia, tratará de encontrar intereses comunes y no desafiarlos abiertamente, sobre todo después de la crisis mundial de los años 30. Las propuestas, como la de las Cuatro Grandes Potencias de 1933 y sobre todo, el Acuerdo de Stresa de 1935, muestran los claros límites a esa línea de política exterior. Sobre todo cuando la aventura militar en Abisinia y la intervención en la Guerra Civil española, además de las sanciones de la Sociedad de las Naciones, que son más declamativas que prácticas, ponen de manifiesto que las rivalidades son muy profundas. Entonces, desde 1936, queda claro que la alianza estratégica con Alemania es el camino a seguir, a pesar de las dificultades que ello implica. Es decir que la política exterior fascista es sumamente pragmática, la táctica está por encima de la estrategia.

La economía italiana, si bien tiene un crecimiento del Producto Bruto Interno durante este período, presenta profundas disparidades regionales. Pero su desarrollo industrial, sobre todo en la fabricación de fibras sintéticas, en los sectores electroquímicos, automotriz y aeronáutico, ligado fundamentalmente al mercado interno y cerrado, no incorpora tecnología y es profundamente dependiente de materias primas e insumos extranjeros, algunos ejemplos son carbón, fertilizantes, petróleo, chatarra, caucho, cobre. La planificación centralizada de la economía y el modelo corporativista, permiten la existencia de carteles industriales que no tienen que competir entre sí. La política del Estado, en el sector agrícola generó minifundios ineficientes en sentido capitalista, pero que abastecían al mercado. La crisis económica mundial le dio al gobierno un peso mayor en el manejo macroeconómico, referido a las divisas extranjeras y al manejo de políticas de aliento y protección, pero que solamente eran soluciones a corto plazo e incapaces de modificar la situación. Es decir, la economía en su conjunto es incapaz de mantener una expansión en el exterior a largo plazo.

Las Fuerzas Armadas, a pesar del gasto dedicado por el Estado, y de la preparación realizada en casi dos décadas, no contaba con los adelantos tecnológicos ni la calidad de las potencias que podrían ser sus oponentes. A pesar de ser numerosas, presentan una serie de debilidades, que en una guerra a largo plazo, pueden provocar la derrota. Es decir que está en condiciones de enfrentar exitosas aventuras como las de Etiopía o España, pero difícilmente pueda enfrentar a fuerzas regulares bien equipadas. Carece de una organización de sus mandos y sus formaciones son pequeñas, en comparación con las inglesas, francesas y alemanas. Sus armamentos carecen de poder de fuego, confiabilidad y eficacia. Sus maniobras y sus desfiles impresionaban, pero en el campo de batalla no eran la herramienta que una política exterior en expansión requiere para ser una gran potencia.

Luego de la Primera Guerra Mundial, hay una mentalidad colectiva que tiene presente el hambre, las epidemias, las horribles matanzas durante el conflicto y las imágenes de la destrucción masiva. A esto se agrega el sentimiento de traición que tiene parte de la población sobre la actitud de los aliados con Italia al incumplir las promesas. Pero otros sectores sienten que esa injusta guerra les fue impuesta desde el exterior.

Sin perjuicio de lo anterior, hay grupos que cansados del desempleo, de la inflación y del predominio burgués, encuentran en los valores marciales, la camaradería de los guerreros y la emoción de la acción y de la violencia, un atractivo en el discurso fascista del orden, las disciplina y el llamado a la gloria nacional, para reconstruir el Imperio Romano. Muchas veces la prensa contribuye a todo esto, como en el caso de las crisis con Yugoslavia o de las sanciones de la Sociedad de las Naciones, manipulando a la opinión pública con su tono belicista y chauvinista.

Los sectores industriales estaban interesados en mantener su autonomía dentro del régimen, por eso la autarquía era defendida, pues el sistema corporativo asegura los intereses de cada grupo de poder; por ello una política imperialista implicaba abrir la puerta a la movilidad social y a la competencia económica. La existencia de sectores que aprovechan cada oportunidad de negocios, como la firma del acuerdo con el Reino de Yemen o los 17

carteles que se organizan para aprovechar los recursos que brinda Etiopía, luego de la ocupación, no modifica lo anterior.

Todo esto demuestra lo dividida que estaba la sociedad italiana sobre la política exterior, por ello Mussolini necesita éxitos para que su figura sea la que respalde las acciones del país en el extranjero.

Por eso concluimos que la política externa italiana, y su renovado imperialismo, estaba fundada en un pragmatismo dependiente del gobierno, que varía de aliados sin tener una cabal concepción de lo que ello implica, solo el oportunismo y la negociación importan. Tampoco hubo una consideración de los recursos con que se cuenta para llevarla adelante. Pues la economía no podía afrontar una guerra prolongada y era muy difícil que su dependencia de recursos externos pudiese ser remediada. Sus Fuerzas Armadas eran incapaces de asegurar los accesos marítimos y de ocupar lugares estratégicos, que dieran acceso a materias primas e insumos. La población disfrutaba de la propaganda sobre la superioridad italiana, y hasta aprobaba la incursión en Etiopía, pero luego de la experiencia de la Gran Guerra, no simpatizaba con alianzas o acuerdos que llevasen a entrar en un conflicto armado, que en definitiva les parecía ajeno. Pero el prestigio y las necesidades internas de Mussolini marcan el ritmo a seguir.

[1] D. Fieldhouse, Los Imperios Coloniales desde el siglo XVIII. Páginas 189-190.

[2] J. Vicens Vives, Historia General Moderna. Páginas 497-498.

[3] R.A.C. Parker, El Siglo XX. Europa, 1918-1945. Punto 8. Italia de 1919 a 1940. Páginas 156 a 184.

[4] Op. Cit., Punto 5. La consolidación de la Paz: Gran Bretaña, Francia y el problema alemán. III. La posición de Italia. Páginas 98 a 102.

[5] Op. Cit. Punto 13. El preludio de la guerra. Páginas 293 a 382.

[6] P. Renouvin, Historia de las relaciones internacionales. Tomo II. Capítulo XI: La zona Danubiana y Balcánica. Título II. La política italiana en los Balcanes. Páginas 874 a 877.

[7] Op. Cit. Tomo II. Capítulo II: fracasos de la seguridad colectiva. Título II. Las iniciativas italianas en África Oriental. Páginas 983 a 986.

[8] P. Kennedy, Auge y caída de las grandes potencias. Parte VI. El advenimiento de un mundo bipolar y la crisis de las "potencias medianas": segunda parte, 1919-1942. Páginas 356 y 357.

[9] Op. Cit. Parte VI. Los retadores. Páginas 366 a 374.

- [10] Op. Cit. Parte VI. El desdoblamiento de la crisis 1931-1942. Páginas 416 a 428.
- [11] R. Sartí, Fascismo y Burguesía Industrial. Italia 1919-1940. Prefacio. Páginas 15 a 20.
- [12] Op. Cit. III. La regimentación de la producción camino de la autarquía. Páginas 149 a 159.
- [13] Op. Cit. IV. Los límites del poder privado. Páginas 161 a 165.
- [14] Op. Cit. IV. Las reacciones de la industria frente al expansionismo político. Páginas 176 a 186.

BIBLIOGRAFIA

- FIELDHOUSE, David: Los Imperios coloniales desde el siglo XVIII. Historia Universal. Volumen 29. Siglo XXI Editores S.A. Madrid. 1984.
- KENNEDY, Paúl: Auge y caída de las Grandes Potencias. Plaza & Janes. Barcelona 1991.
- PARKER R.A.C.: El siglo XX. Europa 1918-1945. Historia Universal. Volumen 34. Siglo XXI Editores S.A. México. 1991.
- RENOUVIN, Pierre: Historia de las relaciones internacionales. Tomo II. Volumen II. Editorial Aguilar. Madrid. 1964.
- SARTI, Roland: Fascismo y Burguesía Industrial. Italia 1919-1940. Editorial Fontanella. Barcelona. 1973.
- VICENS VIVES, Jaime: Historia General Moderna. Volumen 2. Montaner y Simón S.A. Barcelona. 1979.